

Cicerón, Juvenal, Tácito y Suetonio llenan el alma de dolor y espanto... Corramos un espeso velo sobre tan repugnantes escenas, que se resisten á la decencia, á la moral cristiana y á la honradez.

De aquí podemos deducir, cuán engañados han andado aquellos filósofos materialistas, positivistas y ateos, cuando han podido imaginar que los romanos tendían á la unidad religiosa, y que el monoteísmo estaba en ellos iniciado.

Con la época de Augusto coincide el nacimiento del Redentor anunciado por los Profetas. La venida del Mesías iba á cambiar la faz del mundo, y á cimentar una civilización nueva, que debía propagarse y extenderse por toda la redondez de la tierra.

Empero, antes de ocuparnos de la venida del Redentor y dar á conocer tan notable como trascendental acontecimiento, vamos á dirigir una mirada retrospectiva para darnos razón de cómo se dividió el imperio de Alejandro después de su muerte, y de qué manera tomó origen aquel famoso Museo que encerraba la portentosa *Biblioteca*.

Durante el largo período que hemos recorrido de la historia de la humanidad, las ciencias experimentales y de observación no existían como ciencias reales y efectivas. Las hipótesis y las teorías que se dieran á conocer en el campo del empirismo se aceptaban, se modificaban ó desechaban según los lentos y pausados adelantos que se hacían. Faltaba un cuerpo de doctrina basado en observaciones repetidas y estudios serios y concienzudos.

La decrepitud de la sociedad romana en medio de una opulencia deslumbradora estaban á igual altura que el indiferentismo religioso, y la misma multiplicidad de sectas hicieron perder toda noción de creencia y de fe. Y cuando la *buena nueva* vino á inaugurar la Santa luz que debía difundir el Evangelio, y que reclamaba imperiosamente aquella corrompida generación (porque la filosofía jamás podrá ser origen de creencia ni de fe divina) se vieron palpablemente la falsedad de los dogmas admitidos, erróneos y hasta funestos para la humanidad, sin que resultase *conflicto alguno* con aquellas teogonías, á pesar de sus torpes supersticiones. Entonces se oyó aquella voz celestial que dijo: *Yo soy la luz del mundo: el que me sigue no anda en tinieblas*. (San Juan, VIII, 12).



CAPÍTULO IV

LOS LAGIDAS EN EGIPTO

Generalidades. — División del imperio de Alejandro. — La dinastía de los Lagidas. — Consideraciones acerca de las ciencias hasta la venida de Cristo. — Reflexiones generales. — Conclusión.



USTA y sorprendente admiración han causado las conquistas de Alejandro el Magno á muchos sabios y eruditos de todas las épocas, y en particular á alguno de los críticos de nuestros días. Las proezas de aquel guerrero afortunado se han apreciado de distinto modo y con pareceres encontrados, y las consecuencias que se siguieron á su inesperada muerte al repartirse tan vasto imperio, han sido comentadas según el espíritu filosófico y las tendencias religiosas de cada autor.

La famosa ciudad de Alejandría, fundada por el conquistador para que le sirviera de ostentoso sepulcro, se hizo la corte de los Lagidas después de la división de aquel imperio, y bajo los nuevos monarcas llegó á ser el centro de la actividad mercantil, el emporio de los placeres y la maravilla de las ciencias.

Hoy todo ha cambiado. En estos momentos que repasamos este manuscrito (Julio de 1882), el cañón británico, adelantándose á la acción colectiva de las grandes potencias europeas, destruye los fuertes y convierte en ruinas y escombros la bella y populosa ciudad de Alejandría. El canal de Suez será tal vez monopolizado por la codicia de la poderosa Albión, que ha sabido utilizar con pretextos más ó menos fundados la ambición de Arabí y la debilidad del Kedive. Dueña Inglaterra de Gibraltar y

de Malta, ejercerá sobre el Mediterráneo una autoridad despótica y avasalladora en pro de sus intereses, y á ciencia y paciencia de Francia, Italia y España y hasta de los imperios del Norte. Siempre la misma lucha; el Oriente y el Occidente. La media luna tendrá al fin que abandonar las grandes conquistas de Mahometo II, para volver á sus naturales dominios...

En Egipto se fundó el renombrado Museo Alejandrino bajo la sabia dirección de los dos primeros Lagidas. En este Museo se encontraba la famosa Biblioteca, jardines botánico y zoológico, grandes colecciones de rocas y minerales, observatorio astronómico, laboratorios, gabinetes, talleres, salas de conferencias y cuanto pudiera necesitarse para presentar la magnificencia y esplendor de una civilización completa y perfeccionada. El Museo Alejandrino fué el gran foco del saber de la antigüedad; el centro de una civilización potente y bien entendida; pero era la ciencia amalgamada de la India, de la Caldea, de la China, del mismo Egipto y de la Grecia; era la ciencia de todos los pueblos que le habían precedido, condensada por las inmensas riquezas de los dos primeros Ptolomeos.

Todos estos acontecimientos históricos se presentan muchas veces confusos ó desfigurados, y hasta con intención siniestra en nuestros días, para zaherir el sentimiento católico, haciendo que la juventud adquiera cierta predisposición para el materialismo y el positivismo, que tanta influencia ejercen hoy en la educación del pueblo...

Dejo mi imperio al más digno, dijo el afortunado conquistador al morir; y después añadió; *pero preveo que mis amigos celebrarán mis exequias con las armas en la mano.*

No se engañaba Alejandro. El consejo de guerra celebrado por los generales fué agitado y tumultuoso, y Perdicas renunció las altas y significativas distinciones del guerrero, depositando sobre el trono las insignias reales y el anillo que el héroe le había confiado.

Se pensó en el niño que Roxana podría dar á luz, Nearco indicó á Hércules hijo de Alejandro y de la bailarina Barsine, Ptolomeo propuso el nombramiento de una regencia hasta que hubiese un príncipe que se pusiera al frente del imperio; unos presentan para regente á Perdicas y otros á Arideo, hermano del conquistador. La familia de Alejandro no merecía la confianza de los generales, porque, incluso el fiel Antípatro, todos aspiraban á declararse independientes.

Los nombres de Leonato, Lisimaco, Ptolomeo, Penceso, Piton y Perdicas se habían hecho célebres, y éste último designado ya como regente por sus sobresalientes cualidades. Perdicas distribuyó los reinos entre sus compañeros, con el fin de que los administrasen; pero todos ellos los tomaron para gobernarlos con absoluta independencia.

Ptolomeo, hijo adoptivo de Lago, y que fué llamado *Soter*, es decir *salvador*, por los servicios que en el sitio de Rodas prestó á los habitantes, obtuvo el Egipto; Leonato la Misia; Antípatro y Cratero las posesiones de Europa; Antígono la Frigia, la Lacia y la Pamfilia; á Lisimaco se le dió la Tracia; á Eumenes la Capadocia y la Paflagonia y á Piton la Media. Perdicas se reservó la regencia y el mando supremo del ejército. Con esta distribución echaron por tierra los grandes proyectos de Alejandro. La envidia hizo sus progresos, las intrigas más ó menos encubiertas tuvieron sus victorias ó sus reveses, hasta que la familia real quedó del todo destruida, siendo víctima de los usurpadores.

Igual suerte les cupo á todos los generales. Parecía que la maldición celeste satisfacía las invocaciones de aquellos pueblos sojuzgados por la espada de Alejandro... Nuestra misión no nos autoriza para profundizar en semejante terreno; sin embargo, no nos podemos eximir de estudiar superficialmente la dinastía de los Lagidas, que reinó en Egipto, donde fundaron la famosa Biblioteca Alejandrina.

Los Ptolomeos bajo el punto de vista moral, se distinguieron por su crueldad y repugnantes voluptuosidades. La familia real, casi siempre, vivía en medio de torpes incestos y atroces asesinatos. Desde Ptolomeo Filadelfo, hijo del fundador, no registra la historia más que horrosos crímenes, que dan á conocer el espectáculo degradante de aquellos monarcas que indudablemente poseían inmensas riquezas.

Ptolomeo Soter hijo de Filipo y de su preciosa concubina Arsinoe, hija de Lisimaco, á quien el rey de Macedonia hizo casar luego con *Lago*, fué el fundador de la dinastía de los *Lagidas*, que gobernó el Egipto durante doscientos noventa y dos años.

Soter estuvo casado con Thais, de la cual tuvo una hija; y después contrajo matrimonio con la griega Berenice. Dió al Egipto grande impulso, haciendo de Alejandría la corte de su reino; aumentó la población, levantando suntuosos edificios, templos magníficos, teatro, circo, gimnasio, hipódromo y en particular el gran Museo unido al palacio en el cual estaba la rica y renombrada Biblioteca, y multitud de habitaciones, pórticos y patios para los poetas y literatos. Establecieron cátedras sobre los diferentes ramos del saber humano, donde los numerosos discípulos pudieran recibir las sabias explicaciones de los maestros. Todo allí era rico, grande y esplendoroso. Soter fué el que comenzó los magníficos edificios del *Bruchium*.

Su hijo Ptolomeo Filadelfo ó *amador de su hermana*, por haberse casado con su hermana, continuó con afán é inteligencia las obras y la política emprendida por su padre. Concluyó el magnífico Museo donde se encerraba el

inapreciable depósito de los conocimientos humanos atesorados por la antigüedad. La Biblioteca contaba más de 400,000 manuscritos; era famosa por su riqueza y muy renombrada, porque en ella se había reunido todo lo selecto y sublime de pasadas civilizaciones. En tiempo de César llegó á reunir hasta unos 900,000 volúmenes. El Serápeo (*Serapeión, Serapium*) fué un templo consagrado á Serapis, mandado construir por los Ptolomeos en honor de esta divinidad pagana; en él había también su biblioteca particular, que contaba



Ptolomeo en el templo.

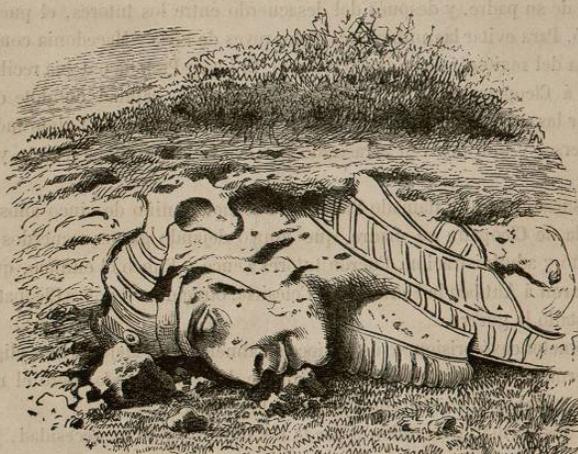
con 300,000 manuscritos. Este templo desapareció presa de las llamas en tiempo de Marco Aurelio, salvándose solamente la estatua y los libros. Empero, reedificado de nuevo, fué destruído posteriormente por un edicto de Teodosio.

Todas las dependencias del Museo estaban servidas con lujo y especial ostentación; se copiaban los manuscritos quedándose con los originales y entregando á los interesados ricas y elegantes copias perfectamente encuadradas, y con frecuencia cantidades en metálico. En aquella esplendorosa

Biblioteca había sabios de todos los países y nacionalidades, los cuales se agrupaban por escuelas. Parece que su primer jefe ó director debió ser Eratóstenes en los tiempos de Filadelfo, y luego Demetrio Falereo.

Filadelfo aumentó su celebridad mandando construir el famoso *faro* en la isla de Faro, que se consideró como una de las siete maravillas del mundo; siendo el director Sostrato de Knidos. Monumento que sobrepujaba en altura á la pirámide Cheops, el cual el monarca dedicó á la memoria de sus padres.

El Egipto próspero y floreciente, llegó á ser durante estos dos reinados, uno de los imperios más ricos y poderosos del mundo. Filadelfo fué aficionado al



El Coloso de Memphís.

estudio de la naturaleza, y en sus bodas y en las fiestas celebradas cuando subió al trono, se dieron á conocer multitud de fieras y animales raros, algunos de notable belleza.

Ptolomeo Evergetes ó *Bienhechor*, hijo de la primera mujer de Filadelfo, conquistó la Siria para vengar á su hermana Berenice, con quien se casó luego. La cabellera de esta princesa se colocó en el templo de Chipre en honor á Arsinoe y en cumplimiento de un voto; empero como desapareciera de aquel lugar sagrado, el astrónomo Conón de Samos formó con esta idea la constelación de las siete estrellas que se observan próximas á la cola del León. Evergetes tuvo grande amor al arte y á la ciencia; de corazón noble y con elevadas

prendas militares, supo hacerse respetar de propios y extraños, conservando en Alejandría el monopolio del comercio, de la industria y de la ciencia.

Ptolomeo Filopator ó *Glótón*, fué cruel y sensual. Con este monarca comenzó la decadencia del imperio. La guerra con Antíoco III, trajo muchos males al país, á pesar de haberse ganado la batalla de Xafia. Los romanos intervinieron para ejercer su poderosa influencia en los destinos futuros del Egipto. Sin embargo, Filopator fué amante de las ciencias, y en la destrucción de Rodas por un terremoto, dió pruebas inequívocas de filantropía y generosidad; no obstante se dice que envenenó á su padre.

Ptolomeo Epifanes, que quiere decir *ilustre*, contaba pocos años á la muerte de su padre, y después del desacuerdo entre los tutores, el pueblo se sublevó. Para evitar las ambiciones de los reyes de Siria y Macedonia confiaron la tutela del regio niño al Senado romano. El joven Ptolomeo debía recibir por esposa á Cleopatra, hija de Antíoco III, quien en calidad de dote ofreció restituir las posesiones conquistadas en Siria. El monarca de Egipto fué malo y perverso, y murió joven arrastrado por los vicios: contaba veinte y ocho años.

Le sucedió su hijo llamado Ptolomeo Filometor, niño de cinco años, bajo la tutela de Cleopatra su madre, que murió dejando gratos recuerdos de su gobierno y administración. Fueron tutores Leuco y Eubeo el eunuco, quienes reclamaron á Antíoco la Fenicia y la Celesiria, ofrecidas en dote á Cleopatra. De aquí estalló la guerra.

Filometor cayó prisionero de Antíoco su abuelo, y los alejandrinos eligieron á su hermano Ptolomeo Fiscón, que quiere decir *barrigudo*; pero el mismo Antíoco restableció en el trono á su nieto Filometor.

Los dos hermanos se unieron por la ley imperiosa de la necesidad, y buscaron el apoyo del Senado romano. Luégo se dividieron los Estados, tomando Filometor el Egipto y Chipre, y Fiscón la Cirene y la Libia. Renovadas las disensiones, el primero tuvo que fugarse á Italia. El Senado los reconcilió otra vez; pero al poco tiempo volvieron á la lucha, donde fué vencido Fiscón quedando prisionero. Empero Filometor echó al olvido las faltas de su hermano, le cedió la Cirene y la Libia como antes, muriendo después de una batalla. El pueblo le dió el nombre de *Kakergete*, que quiere decir *malhechor*.

Ptolomeo Fiscón ocupó, al fin, el trono de Egipto. Casóse con Cleopatra hermana suya y viuda de su antecesor y hermano; el mismo día de la boda mató á su hijastro y sobrino, repudió enseguida á su consorte para casarse con la hija, que á la vez era también sobrina é hijastra, la cual llevaba el nombre de Cleopatra, y envió á la madre los restos mutilados de su hijo.

En vista de tantas tropelías y crueldades se sublevaron los jóvenes alejan-

drinos, quienes pudieron colocar en el trono á la repudiada reina; pero Fiscón logró sujetar á los revoltosos y conservarse en el poder.

Dividió el reino entre Ptolomeo Latur, *guisante*, que fué su sucesor, y Ptolomeo Alejandro, á quien se le dió á Chipre. Á Apión, hijo natural, le cedieron la Cirenaica.

Ptolomeo Alejandro rechazó la tiranía de su madre, que intentó matarlo; pero supo adelantarse. Mas, expulsado de Alejandría, quiso ocupar á Chipre y pagó con la vida sus crueldades.

Latur subió al trono y no tardó en bajar al sepulcro; pero dejaba dos hijos naturales, Ptolomeo de Chipre y Ptolomeo Auletes ó *tocador de flauta*. Alejandro había dejado también un hijo. Todos estos eran otros tantos pretendientes al trono de Soter, y sus disensiones y alternativas duraron quince años.

Auletes compró el título de rey y fué destronado; pero repuesto por Gabino, mediante la promesa de diez mil talentos, murió al poco tiempo, dejando dos hijos, Ptolomeo Dionisio y Cleopatra, que puso bajo la tutela de Roma. El Senado delegó en Pompeyo la tutela de los regios hermanos.

Ptolomeo Dionisio contaba trece años y su hermana Cleopatra diez y siete. Eran prometidos esposos y bien pronto rompieron los vínculos de tan repugnante incesto, viniendo ella á refugiarse en Siria. Entonces fué cuando Julio César ganó á Pompeyo la batalla de Farsalia. Pompeyo fué asesinado de orden de su regio pupilo, y Cleopatra supo deshacerse de su hermano y marido, mandándole ahogar en el interior del buque que montaba, durante la confusión y los gritos del combate: era el XIII de este nombre y el último de los Ptolomeos.

Cleopatra fué declarada reina de Egipto después de la muerte violenta de su hermano y esposo.

Había sabido introducirse furtivamente en el Bruchium, que César defendía con su valor y pericia, donde supo cautivar el corazón del guerrero. Días de luto y de desesperación manchados con sangre humana derramada á torrentes; días aciagos en los cuales fué presa de las llamas y consumida por el voraz elemento la célebre Biblioteca alejandrina; sin que bastara á reparar tamaña pérdida los 200,000 manuscritos que en tiempo de M. Antonio y por exigencia de la reina se trajeron de Pérgamo. Cleopatra y su hijo Cesarión habido con el caudillo Romano, siguieron al guerrero á su vuelta á Roma, y cuando fué asesinado por Bruto y sus secuaces, ocupaban la magnífica quinta de César situada á orillas del Tiber.

La reina Cleopatra, la hermosa heroína, último vástago de los Lagidas, ha dejado en la historia por su extraordinaria belleza y por sus repetidas liviandades un nombre célebre. El Egipto pasó á ser una de las provincias más

importantes y productoras del imperio Romano. El Egipto murió con su reina Cleopatra.

Hemos recorrido á grandes rasgos la historia antigua y sus sorprendentes y adelantadas civilizaciones hasta el nacimiento de Cristo, cuyo acontecimiento vino á cambiar por completo la marcha, el desarrollo y el porvenir de la humanidad. Tal vez no faltará algún descontentadizo que nos tache de pesados ó de inoportunos. Para nuestro plan ha sido preciso esta ligera excursión por el campo de los acontecimientos de aquellas vetustas sociedades.

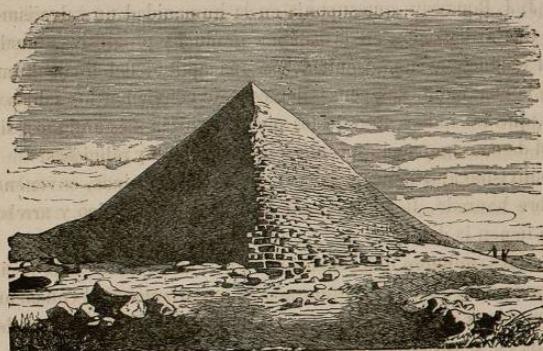
Y nosotros nos permitiremos preguntar ahora: ¿Cuál ha sido siempre la naturaleza interior del hombre? ¿Cuál su alto y trascendental destino?... El criterio fundamental que constituye la religión ó la irreligión de la historia, dicen muchos sabios y eruditos. La idea religiosa es propia y peculiar al corazón humano, es un pensamiento sin el cual no hay progreso ni porvenir. La religión verdadera iba á difundirse por el mundo, para guiar al linaje humano por el buen camino basado en la moral, el derecho y la virtud. La caridad y el amor al prójimo eran sus poderosos auxiliares. Y á pesar de tan santos principios; ¿fué aceptada y respetada de todos? Nó; sufrió toda suerte de persecuciones y martirios en los primeros siglos, y tuvo en ellos y en los medios disidentes y heresiarcas que hallaron en los príncipes y magnates un apoyo interesado y criminal.

La Reforma protestante hundió en el olvido una buena parte de los frutos que en los últimos siglos de la Edad media á impulsos de la Iglesia católica, se habían acumulado para el estudio de la naturaleza. La Alemania al comenzar la edad moderna, fué cuna del protestantismo; así como en el día es también el país clásico de estas doctrinas, que rompieron la unidad Católica. Allí está el corazón y la cabeza, allí existe el centro del movimiento que todo lo concibe, del espíritu que le sostiene en su conjunto y de la fuerza vital que lo impulsa en todos sus detalles y direcciones. Allí se ofrece al hombre pensador con un carácter esencialmente religioso que le conviene llenar, y para conseguir su objeto recurre unas veces á las formas litúrgicas, otras á la erudición filosófica, y las más á los descubrimientos de las ciencias exactas, físicas y naturales: el positivismo y el naturalismo están representados con toda su intensidad. Interpreta á su manera los libros del Historiador sagrado, se echa en brazos del racionalismo filosófico ó del positivismo experimental, se hace repulsivo á la metafísica, ó bien, cubierto con el manto del misticismo esotérico, busca la clave que perdió desde los primeros arranques del nuevo impulso filosófico. La Alemania de Kant y de Hegel, es hoy día materialista y positivista en su mayor parte. Parece imposible, y, sin embargo, ha pasado de un extremo á

otro extremo. Con el mismo entusiasmo que sostuvo y aun sostiene el idealismo confuso y extravagante de aquellos pensadores, apoya hoy todos los desvaríos y las utopías de la razón, bajo un naturalismo que repugna al hombre de recto criterio y de sólido saber.

Por esto ha dicho un escritor moderno, que la patria de Kant es la tierra de promisión para las teorías, y Herschel ha añadido: «Que no hay absurdo que un alemán no haya convertido en teoría...» Cicerón había dejado consignado ya, «que no hay absurdo que no haya dicho un filósofo.»

El protestantismo levantando la bandera del libre examen siguiendo á los humanistas del Renacimiento echó por tierra la autoridad, é introdujo el desorden y la anarquía en el seno del Catolicismo; que no ha desdenado, por



Egipto.—Pirámide de Gizeh.

cierto, que la ciencia experimental en sus adelantos, se haya ocupado de la verdad revelada; porque cada vez se ha probado más y más, que todos aquellos hechos consignados por el Historiador divino están en perfecta armonía y cabal acuerdo con los fundamentos de las ciencias humanas, como tendremos ocasión de estudiar, principalmente en la segunda parte de este libro.

Es un error grave de los protestantes, que en el terreno de la ciencia experimental pertenecen á la escuela unicista, pretender que la Iglesia católica haya pensado alguna vez fusionarse con los idólatras y con los paganos. Nó; jamás la Iglesia de Jesucristo ha tenido, ni siquiera en un instante de las muchas tribulaciones porque ha pasado, la vergonzosa y funesta idea de ponerse en contacto con ninguna secta. Para aquellos ilusos que pretenden que el Catolicismo siga la evolución de la ciencia, como si fuese una concepción

humana, les recordaremos, *que contra la Iglesia de Jesucristo no han de precalcear las puertas del infierno*, como dijo el Salvador; luego la doctrina de Jesús no pudo ni podrá jamás paganizarse.

¿No hemos observado en nuestro rápido relato, que la civilización está encarnada en la humanidad desde los primeros tiempos de su aparición en la superficie de la tierra?

El hombre de todas las épocas ha sido siempre inteligente; sus necesidades le han sugerido los medios de satisfacerlas; los fenómenos de la naturaleza han despertado su curiosidad, ha sido esencialmente sociable y amante de la familia; su organización le ha dado un lenguaje ó bien su talento, peculiar al reino hominal, y la disposición de sus órganos le han bastado para hacerse comprender recíprocamente; sin que sean admisibles los delirios y excentricidades de J. J. Rousseau, que suponía en la humanidad un salvajismo repugnante y una articulación en la palabra, gradual y progresiva. Igual se dice ahora. El lenguaje es una facultad, es una aptitud del linaje humano por medio de la cual emite sus pensamientos. ¿No convienen los sabios de nuestros días, que los indios, uno de los pueblos quizás más antiguos, sienten la necesidad de consagrarse á especulaciones filosóficas y religiosas?

El positivismo al sostener y dar pábulo á estas doctrinas, envenena la vida del hombre honrado, lleva la desgracia al hogar doméstico y arrebatá á los seres que tienen la debilidad de creerle, el reposo, la tranquilidad y el sentimiento moral y religioso que constituyen el fundamento de toda sociedad. El hombre que pierde la fe Divina renuncia voluntariamente al consuelo y bienaventuranza de la vida eterna. Con razón se ha dicho, que la verdadera ciencia se halla en la perfección del espíritu, así como la virtud en la perfección del corazón.

Los enemigos más ensañados acerca las verdades reveladas por Dios, parten casi siempre de suposiciones gratuitas ó aventuradas, que suelen las más veces basar en algún llamado descubrimiento. Lugar tendremos en la narración de esta obra, de reseñar hallazgos y descubrimientos que alcanzaron en nuestros tiempos gran fama y se hicieron célebres, para luego caer en descrédito por su falta de veracidad. No somos de aquellos asustadizos que creen que el hombre, aun cuando sea muy sabio, se halla investido del don de la infalibilidad; por el contrario, la experiencia enseña todos los días, que aquellas leyes y principios científicos admitidos como verdades inconcusas, aquellos descubrimientos proclamados bajo la égida de un nombre respetable, suelen ser erróneos ó falsos, aun cuando estén en perfecta armonía con la ciencia de su tiempo.

¡Ah! La ley del progreso científico indefinido, dicen, sigue indudable-

mente su marcha, y los descubrimientos su desenvolvimiento natural, sint que *jamás* pueda la ciencia asegurar que ha pronunciado la última palabra, ó que ha recorrido la etapa final. La *verdad* será para la filosofía un problema que nunca verá resuelto, y en su busca escudriñamos los pliegues misteriosos de ese velo incomprensible que desde las primeras edades y evoluciones científicas constituye el movimiento y la vida de la inteligencia humana. Si conociéramos la verdad absoluta de un modo material y tangible, conoceríamos á Dios, que es la *verdad* misma, y este SÉR SUPREMO, que es la verdad inmutable sólo le conocemos por sus obras, atributos y cualidades. De aquí proviene lo que se ha llamado por alguno, *conflictos entre la Religión y la ciencia*. (Draper).

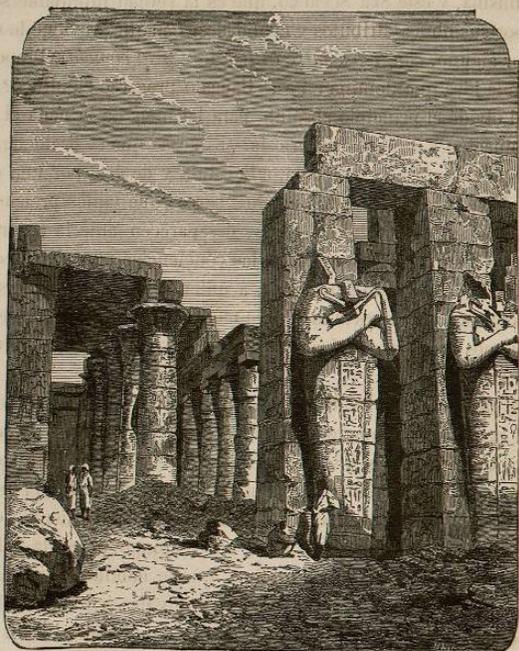
¿Cuál es la idea que domina en este llamado progreso científico? ¿Por qué se relega al olvido el principio absoluto para levantar de la nada el concepto de la combinación y de la metamorfosis? ¿Es acaso que se pretende pasar del átomo ó de la mónera á la molécula, á la célula y de ésta por una evolución progresiva hasta alcanzar al hombre? Nos parece que tantas pretensiones absurdas, tantos delirios y alucinaciones, desaparecen ante la autoridad de la ciencia, cuya luz brillante penetra en las conciencias para dar á conocer las grandezas de aquella *verdad absoluta*, á quien obedece el Universo pancósmico. Si errónea y oscura es la idea de la mónera, errónea y oscura es también la que podemos formarnos del átomo filosófico y de la misma célula en su forma y desarrollo.

No es el *progreso* indefinido en la humanidad, como suele creer la ignorancia y el egoísmo, un aumento sin medida de goces materiales, una aglomeración incesante de todos los capitales para el desarrollo ilimitado, ni un conjunto de preceptos que todos tienden á destruir y perturbar el orden armónico de la sociedad. El progreso material busca el conocimiento de las leyes que Dios imprimió á la materia desde que le plugo formarla. El progreso intelectual se eleva á lo grande y sublime, que le conduce al infinito; el uno jamás se separa de la tierra, es mezquino, pobre y descende hasta lo inerme; el otro es elevado, abraza lo infinito y lo inconmensurable, mira al cielo y desea aproximarse á Dios. La ley del progreso se exagera mucho y se le da aplicaciones más ó menos forzadas, que se traducen en consecuencias, las cuales no corresponden al orden moral ni al dominio de la fe Divina.

Ya lo hemos indicado anteriormente. La civilización ha venido del Oriente, y ha marchado hácia el Occidente. Todos los sabios están en ello de acuerdo, y el mismo Hoeffler, entre otros muchos, al darnos á conocer la historia de la química, que tanta influencia tiene sobre las artes industriales, agrícolas y manufactureras, lo ha demostrado con datos fuera de toda duda.

Por esto las conquistas de Alejandro que marchaban de Occidente á Oriente, fueron de destrucción y muerte; los griegos nada importaron á aquellos pueblos y nacionalidades. Todas las civilizaciones han seguido un rumbo opuesto.

El conocimiento del oro, de la plata y de otros metales se oscurece con la infancia de la humanidad, y no es nada favorable á las divisiones artificiales que se han hecho para dar á conocer su desenvolvimiento. Nadie ha enseñado



Templo de Osiris.

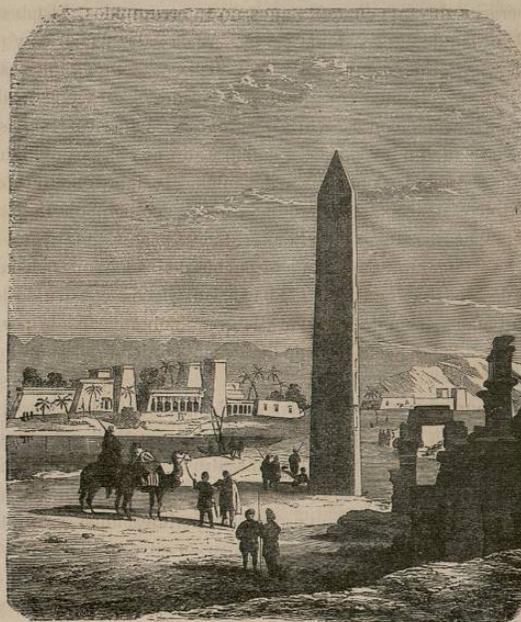
cómo y quién descubrió el pan, ni cuándo se supo que el zumo de la uva fermentado producía un licor tan útil como agradable.

Á nosotros, en verdad, nos causa extrañeza que ciertos sabios torturen sus cerebros para explicar *eso* que llaman edades de la piedra, del bronce y del hierro. El que tenga una idea, siquiera sea leve, de la metalurgia de estos metales, y de la obtención del bronce, que es una aleación de cobre y estaño, comprenderá con cuanta ligereza se ha procedido en este hipotético asunto.

No sin fundada razón ha dicho el señor Doctor H. Doherty recordando la prehistórica: «que en el comienzo de los tiempos prehistóricos el número de familias debió ser muy limitado.» Quizá una parte de la prehistoria no está fuera de la dispersión de la humanidad después del diluvio.

Los indios, lo mismo que los chinos, conocieron muchos metales y en particular aquellos que llamamos preciosos ó nobles.

En los palacios, en los templos, en aquellos obeliscos y grandiosas cons-



La Aguja de Cleopatra.

trucciones admiramos hoy los conocimientos artísticos y arquitectónicos. En verdad que la religión y la filosofía de la raza helénica buscó en la India, en la Caldea y en el Egipto su cultura fundamental. En Babilonia escribían las observaciones astronómicas sobre ladrillos, y los libros sagrados, según Flavio Josefo, estaban grabados en planchas de oro. La porcelana, los vidrios pintados con diferentes matices indestructibles por el calor, los esmaltes y muchos productos de las artes y de la industria fueron conocidos de la antigüedad, como

se ha demostrado muy recientemente por los célebres exploradores señores Layard y Jorge Smith. Poseían también el arte de hilar, tejer y teñir la lana, el lino y el algodón.

La escritura hierática era jeroglífica, y pertenecía á la clase sacerdotal; la demótica ó literal se enseñaba á los profanos y extranjeros.

Para conocer los progresos á que había alcanzado la ciencia antigua, bastará considerar, como hace observar un historiador moderno, que en las pirámides de Egipto, sólo en la que mandó construir Cheops, debieron trabajar cien mil operarios durante cuarenta años no interrumpidos. El laberinto que se fabricó de orden de Mœris, tenía centenares de salas y cuartos y pasadizos de admirable y misteriosa combinación. Los obeliscos de los templos ostentaban filas de magníficas columnas con pilones atrevidos, calles y alamedas, todo adornado y enriquecido con esculturas, esfinges y estatuaria. Muchas de estas obras gigantes fueron trasladadas á Roma, y aun nos ha sorprendido cuando en París en la plaza de la Concordia se levantaba el célebre obelisco de Luksor; el que se atribuye á Cleopatra se conducía hace poco tiempo á Inglaterra y se sumergió en el Mediterráneo; pero por fortuna se puso á flote y pudo llegar á su destino. La Esfinge que representa al pueblo de los Faraones, todavía es la admiración de los sabios y viajeros. El canal de Necos, construido hace más de cuatro mil años, sirvió de luminar á la grande obra ejecutada por la constancia y laboriosidad del señor Conde de Lesseps, uniendo el Mar Rojo con el Mediterráneo.

En estos grandiosos y monumentales trabajos se descubre, desde luego, y nadie podrá poner en duda, que los antiguos anteriores á los griegos, fueron en la escultura religiosa sobresalientes maestros, y en ella han dejado obras notables; otro tanto pudiéramos decir de la arquitectura. Semejantes conocimientos al pasar á Grecia sufrieron esenciales modificaciones, sobre todo para adquirir movilidad y belleza de que carecían en su país natal. De cualquier manera, admiramos todavía pinturas con colorido brillante que aun resiste á la injuria del tiempo, relieves y trabajos bien acabados en granito y pórfido que son el asombro de los artistas y curiosos. Las leyes del Manú son los libros más antiguos de los indios. Manethón es considerado como uno de los primeros historiadores de Egipto, y de sus obras sólo se conservan algunos fragmentos que han perdido una buena parte de su valor histórico después de los estudios del señor Cooper. La literatura oriental ha eclipsado los monumentos especulativos de Grecia y Roma.

Se dice que Ptolomeo Filadelfo, había reunido las observaciones sobre los eclipses hechas en Babilonia desde setecientos cuarenta y siete años antes de Jesucristo; sí, es cierto; pero Simplicio las hace remontar á mil novecientos

años. Se conocía perfectamente la duración del año tropical y la del año sideral; se sabía la precesión de los equinoccios, y el Zodíaco fué dividido en doce partes iguales, distinguiéndose cada una con su signo particular. En el Museo Alejandrino había *esferas armilares, globos* y otros instrumentos así físicos como astronómicos, que sirvieron para el progreso de las ciencias. Más de una vez demostraron que la tierra que habitamos era redonda. ¿Y cómo no debía haberlos, si la teoría heliocéntrica había sido proclamada en la India, luego por varias escuelas griegas y especialmente por Filolao? ¿Qué representan, sino estos globos y esferas? Aquellos filósofos conocieron los dos movimientos de la tierra, el de rotación sobre el eje y el de traslación al derredor de un centro que era el astro solar; así como los movimientos de los planetas Venus y Mercurio en derredor del mismo centro, que era á la vez el centro de todo el sistema.

Y como dudar de estos conocimientos que en nuestros días han servido de poderoso ariete contra el Catolicismo, cuando Salomón consignó en el *Libro de la Sabiduría*; Cap. I. v. 7. donde habla de la *redondez* de la tierra; *Quoniam spiritus Domini replevit orbem terrarum: et hoc, quod continet omnia scientiam habet vocis.* Y en el Cap. IX. v. 3. añade; «Para que gobernase la *redondez* de la tierra con equidad y justicia, y pronunciase juicio con rectitud de corazón. *Ut disponat orbem terrarum in æquitate et justitia, et in directione cordis judicium judicet.*»

Y en el v. 9. dice; «Y contigo tu sabiduría, que conoce tus obras, la cual estuvo también entonces cuando hacías la *redondez* de la tierra, y sabía lo que era agradable á tus ojos, y lo que era recto en tus preceptos. (Libro de la Sabiduría).

Y, si entre los sabios de la moderna civilización hallamos extravagancias y raras concepciones, que luego se comentan á placer por aquellos que descubren en ellas ricos materiales para sus atrevidas teorías, búsquese su origen en los delirios de las escuelas griegas, que en medio de sus adelantos se reconoce cuanto de absurdo y estrambótico puede concebir una imaginación enfermiza.

Herodoto, Ctesias y Megástenes dan á conocer los enanos, los hombres de ocho dedos, los monocelos con una sola pierna y otras monstruosidades, que al través de los siglos han alcanzado, muchas veces, carta de naturaleza. Hasta en Heráclito hemos reconocido los fundamentos de la selección natural, que tanto ha complacido al señor Darwin y sus discípulos, y en Epicuro el positivismo de Augusto Comte. Los generales sucesores de Alejandro participaron de estas supersticiones y errores. ¿Qué de extraño tiene que los eruditos de los siglos medios las sacasen del olvido, creyendo que hacían un servicio á la ciencia?

Aquella fábula de los hombres con cola, fábula repugnante que dió origen á la idea de los órganos atrofiados, se sabe de un modo evidente que es un mito. El señor Dejeán ha penetrado por esos países y ha podido examinar por sí que aquellos seres humanos habitantes del Soldán en África; los Nyam-Niam carecían de semejante apéndice, que tanto entusiasmaba á los transformistas.

Todos estos acontecimientos y otros de la misma índole estaban consignados en los libros de la India y del Egipto, y después los enseñaba Pitágoras. Decía Aristóteles que las estrellas del cielo se ocultaban detrás de la luna.

La ciencia de los griegos con sus teorías, hipótesis y grandes concepciones filosóficas, estaba representada en el Museo Alejandrino; allí se había condensado el saber de la antigüedad. Ptolomeo Filadelfo hizo traducir al griego los libros de la Biblia, y esta versión se llamó de los *Setenta*. Quizá desde esta famosa traducción datarán las dudas y variada inteligencia de algunos para con los libros de Moisés. Es lo cierto, que en algún punto y en particular al tratar de la antigüedad del hombre, hay desacuerdo entre la Vulgata, el Samaritano y la versión de los Setenta.

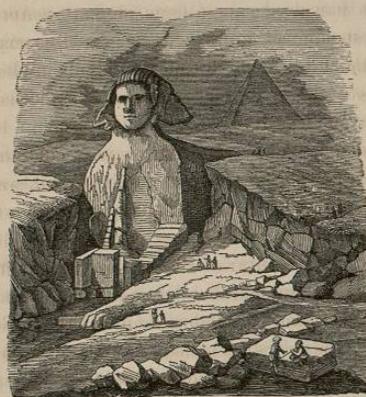
Una secta judía que ocultaba sus doctrinas, las cuales se trasmitían de generación en generación por medio de la tradición oral, predicaba dos siglos antes de Jesucristo el retiro del mundo, la mortificación y la mancomunidad de bienes para mejor servir á Dios y merecer la salvación del alma. Estos fueron los *Escenios* ó *Eseenos* anteriores á otra que se denominaba de los Therapeutas, que vivían en comunidad. Después de varias alternativas y de luchas de principios, desaparecieron ó se convirtieron en otras sectas; ni los primeros cristianos ni mucho menos los Apóstoles, tuvieron contacto alguno con estos sectarios, cuya doctrina distaba mucho de la sublimidad de aquella que predicaba el Redentor.

Alejandría brillaba cual faro resplandeciente por los raudales de ciencia allí acumulados; pero es lo cierto, que después del reinado de Ptolomeo Filadelfo se introdujo una cultura exagerada y ficticia, mezclando las severas y graves concepciones de Oriente con los preceptos estéticos y científicos de Occidente.

Los diferentes conocimientos de la humana inteligencia marchaban á fines determinados y concretos; y si antes las producciones literarias eran del dominio de los reyes y magnates y las ciencias se dirigían solamente á satisfacer los goces de la vida, ahora traspasaban aquellos límites, se hacían familiares y eran objeto de observaciones y estudios experimentales. La historia generalmente se cultivaba poco, y la poesía buscó sus inspiraciones en lo extraordinario y maravilloso. Teócrito fué un poeta ligero y sencillo, y Menandro y Filemón cultivaron la poesía cómica y festiva.

Aristarco en calidad de erudito, revisó, clasificó y dió pureza á las obras de los griegos; Hiparco, astrónomo griego que fundó la astronomía científica, continuó sus importantes estudios de la bóveda celeste, y Eratóstenes enseñó con mayor copia de datos y como verdad demostrada que la tierra era esférica, según antes se había indicado por los hindus, por la escuela pitagórica y por Filolao, y, sobre todo, por Salomón que fué anterior á todos estos filósofos.

Euclides dió á conocer un sistema de geometría y estereometría de sobresaliente mérito, y por su influencia y dirección se establecieron en las principales ciudades mercantiles escuelas de matemáticas aplicadas á la construcción naval y á otras artes civiles. No ha faltado quien haya creído que muchos de los trabajos que se atribuyen á Euclides pertenecen á Ipsides, y especialmente



Egipto.—La Esfinge.

la óptica y la catóptrica. Este sabio floreció como matemático en el siglo II del Cristianismo. Ctesibio sobresale en la mecánica.

Arquímedes descuella en la estadística, en la física y en la mecánica, y el descubrimiento de muchas leyes le condujo á la invención de aparatos y máquinas cuyo número asciende á más de cuarenta, y que aun son de inmensa utilidad. Al formular la ley de la palanca tuvo la arrogancia de decir; *da ubi consistan caelum terramque movebo*. El principio en que estriba la teoría de los cuerpos sumergidos en los fluidos, que todavía se conoce con el nombre de *principio de Arquímedes*, bastaría por sí sólo para inmortalizar el nombre de tan ilustre filósofo. Hasta la medicina hipocrática tuvo sus adeptos y consiguió notables mejoras en el Museo Alejandrino durante los primeros albores del

Cristianismo, estableciéndose los estudios prácticos de anatomía. El Egipto se ha considerado como el país clásico para conocer el tránsito de la civilización griega, á la que corresponde á la raza latina. ¿Quién negará que aquella antigua civilización, que tantos tesoros diera á la Biblioteca Alejandrina, era potente y vigorosa?...

Nosotros al estudiar el giro que se ha dado por algunos filósofos á las cuestiones palpitantes de la Religión católica y la ciencia, nos hemos preguntado ¿en qué consistirán los adelantos verdaderos que la humanidad ha alcanzado en el siglo que está próximo á terminar? ¿Cuáles han sido los beneficios reales que el hombre trabajador, laborioso y honrado ha alcanzado de todas esas evoluciones de la materia? ¿Qué mejoras ha reportado el obrero y el menestral de los adelantos del siglo XIX?... No desconocemos las contestaciones que los materialistas y ateos han de darnos á estas preguntas. Apreciamos perfectamente y cual corresponde, el imperio de las ciencias experimentales y de observación, y los adelantos con que pueden con justicia gloriarse; conocemos los descubrimientos que han refluído en bien de la sociedad, progresos extraordinarios que rayan en lo fabuloso, y que aproximan á los hombres como miembros de una sola y única familia; hemos visto como transmiten el pensamiento y la palabra estos nervios conductores de un fluido con la incomprendible velocidad de más de cien mil leguas por cada un segundo (más de 333,000 kilómetros); nos admira al ver como se fijan y toman estabilidad las imágenes de la cámara oscura; contemplamos con sorpresa esos castillos artillados que flotan por la inmensidad del Océano contra la fuerza impetuosa de las olas y de las corrientes, burlándose de los vientos y de las tempestades; zumban en nuestros oídos el estridente silbido de las locomotoras, y el ruido estrepitoso de los trenes que aproximan las distancias y despiertan los santos sentimientos de hermandad en todo el linaje humano; los rayos de luz que disipan las tinieblas de la noche iluminando las grandes poblaciones cual si fueran el astro del día fraccionándose á voluntad del hombre, nos encantan y extasian; miramos asombrados las innumerables aplicaciones del vapor acuoso; la fuerza que se consigue durante la combustión del gas del alumbrado, el calor libre que se obtiene cuando se queman los gases que se formaron en aquella; la incalculable expansión de muchos desdoblamientos moleculares y de infinitos preparados químicos; los descubrimientos debidos al microscopio y al telescopio; la imprenta, con todos sus accesorios, que atesora las ideas y levantadas concepciones del hombre, uniendo la ciencia con la Religión; los medios ingeniosos para transmitir la mal apreciada fuerza que representa la presión ó el peso natural de la atmósfera; la galvanoplastia con todas sus aplicaciones extraordinarias... y, á tantas maravillas, rendimos un justo tributo de

respeto y admiración. ¿Qué más? En todas partes aparece para nosotros la idea de Dios omnipotente, que el Catolicismo da á conocer como verdad inefable, que, por cierto no limita el horizonte de la inteligencia.

Empero, cuando nuestra alma penetra en estos suntuosos palacios, en estos brillantes hoteles de los grandes y de los poderosos, en esas moradas donde se ha agotado la elegancia, el lujo y el buen gusto, en esos montones de piedras labradas, colocadas por el arte con simétrico aspecto, allí también admiramos los adelantos del genio y los progresos de la estética. Mas, nos contristamos y todo nuestro sér se satura de pesar y amargura, así que estudiamos aquellas mágicas y encantadoras estancias. Los ricos, los potentados, los banqueros, los señores del dinero, esos reyes de la tierra bullen y se agitan entre perfumes y banquetes, entre el armónico sonido de los hijos de Apolo y el egoísmo refinado de los sectarios de Mercurio. ¿Qué les importa la ciencia? Intrigas en la política, engaños en falsas especulaciones, estafas en valores públicos, combinaciones de banca, de las cuales siempre resulta una víctima, enredos torpes é inmorales, el despilfarro, el engaño, el desenfreno, algunas veces la embriaguez... todo cuanto puede concebirse de perverso, repugnante y asqueroso, está allí condensado entre los reflejos del oro y de la plata, entre sedas, tapices, candelabros y piedras preciosas... Hé aquí lo que muchos llaman progreso del siglo XIX. Progreso, sí; pero progreso material y desconsolador, útil, beneficioso y placentero, que agobia y aniquila al obrero y al menestral.

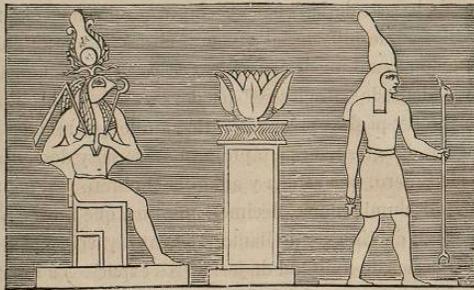
¡Ah! Reflejos deslumbradores, decimos nosotros, que representan muchas noches de tinieblas, de vigilia y de llanto; elegantes y voluptuosos trajes que recuerdan los andrajos de multitud de jornaleros expuestos á los rigores de la intemperie; perfumes y aromas deleitables y excitantes, que asfixiarían al pobre macilento cuya constitución orgánica no resiste á tan embriagadoras emanaciones; artesonados faustosos, cortinajes colocados con simétrico estudio, candelabros, arañas, blandas y mullidas alfombras, que nos traen á la memoria aquellas habitaciones subterráneas, lóbregas y húmedas, donde seres humanos hacinados sin pudor respiran la hedionda fetidez de un aire impuro. Allí viven, allí se albergan la mayoría de nuestros artesanos y hombres de trabajo, sufriendo toda suerte de privaciones, con una alimentación escasa y poco nutritiva, sin llenar ninguno de los preceptos de la higiene, envenenando por instantes su sangre, aniquilando poco á poco el organismo hasta alcanzar una muerte temprana después de una agonía prolongada y de horribles sufrimientos. ¡Ah! La sociedad del siglo XIX tiene también sus mártires. Preguntado á todos los pueblos y países, y con especialidad á la ambiciosa Inglaterra y á la bulliciosa república Norte-Americana.

Y, en verdad, que el Catolicismo jamás ha negado al hombre una libertad

amplia y desinteresada, mientras no se convierta en licencia. El entendimiento humano penetra en esferas desconocidas, busca la solución de problemas importantes, acude á la filosofía y á la ciencia empírica; y el Catolicismo le deja en su camino de errores y delirios para luego recibirle de nuevo en su seno, abriéndole sus cariñosos y maternales brazos. Para el Catolicismo la política no existe, no conoce más que católicos.

La santidad del sabio Pontífice Leon XIII contestando á una consulta oficiosa de varios católicos ingleses acaba de repetirlo nuevamente. «En una nación constitucional como Inglaterra, dice el santo Pontífice, donde la diferencia de opiniones políticas no implica que uno de los partidos desee derribar el trono; esto sería un grande error que no podría menos de perjudicar á la Iglesia, sería mezclar la Religión á las luchas políticas.

»Hay muchos buenos católicos entre los liberales, así como entre los con-



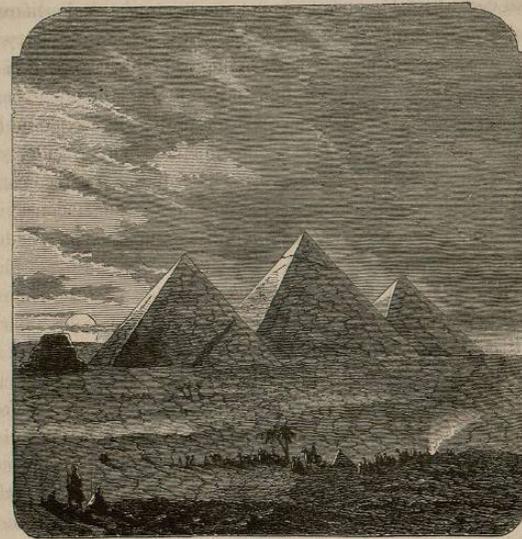
Isis y Osiris. (Sacado de un dibujo egipcio).

servadores. Inglaterra es la única nación de Europa en que la tolerancia religiosa no está reducida al estado de teoría y en que se practica lealmente.»

¿Qué le importan los enemigos y detractores, si la moral católica es sublime y santa? Nacida del centro de la luz no ha de producir tinieblas, y el sentimiento católico, cada día más arraigado en el corazón de la mayoría de los hombres, será el brazo vigoroso que detenga los progresos del materialismo y del positivismo ó unicismo, que pretenden destruir las creencias y fe divina de nuestra sociedad. El Catolicismo ahoga el mal que se le hace con superabundantes bienes.

Declamen cuanto quieran estas escuelas ateas, acudan al sarcasmo y á la sátira, busquen sus envenenadas armas en el ridículo los que nada creen y niegan la existencia de Dios; nosotros los compadecemos de todo corazón, y deseamos que disipe la nube y caiga la venda que perturba su razón y cubre su

vista. Cuanto más se desarrollan las aplicaciones de la materia, menos decaer debiera el sentimiento moral; pero sucede todo lo contrario. El hombre se empequeñece, vive para el bullicio, tal vez para la orgia, y su corazón se hace insensible para mitigar las desgracias de sus hermanos. Si alguna vez en nuestros tiempos responde á las necesidades públicas, lo hace, en general, por un sentimiento de vanidad y soberbia. El progreso de todo cuanto se refiere á el alma ennoblece al hombre, le hace más expansivo, vuélvese más comuni-



Egipto.—Las pirámides.

cativo con sus semejantes y el amor embarga todo su sér, mirando con indiferencia los sentimientos mezquinos de odio, envidia y venganza.

¿Y cómo no contrarestar y oponer un fuerte dique al torrente librepensador, que avanza desbocado mistificando un progreso inaudito, en el cual una parte de la humanidad degradada ha perdido el sentimiento de su fe religiosa y de sus creencias católicas? ¿Cómo no poner en marcado relieve aquellas hipótesis descabelladas, ataviadas con el brillo deslumbrador de las útiles aplicaciones que de ellas se hacen á las necesidades de la vida, si con su apoyo el hombre hiere atrevido cuanto de elevado, santo y angusto encierra la tradición genesiaca? ¿Por qué hemos de contemplar con indiferencia, que se